

Matías meditaba pacíficamente mientras miraba el agua correr por los gárgoles co-
rales de Venecia. Desde el puente, sacaba miles de conclusiones con tan solo observar el agua
desplazarse. "Incolora, incolora e incolora." -pensó.- "Sin ningún detalle especial que la resalte. Nada.
En la simpleza en la que la he mencionado, y tan sofisticada parece cuando todo el mundo se da la
gran importancia y el valor que tiene." Y es que Matías tenía razón. El agua de la vida aunque solo sea
agua tan sencilla como suena. Matías era un chico muy inteligente. A pesar de su corta edad y ex-
periencia. Pero en contra de sus hipótesis y teorías creía que el agua podría tener color, aunque no téc-
nicamente. No sabía cómo expresarlo. Es decir, el agua era incolora, pero tenía el color más bonito del
mundo: una mezcla de colores, pequeños colores cristallinos, era transparente, era oscura... Pensó que
en esta ocasión y para cada persona podría tener un determinado tono. Ciertamente cada por de ojos le
parece de una gama distinta. Lo primero que le vino a la cabeza a Matías fue la imagen de los
niños de África que mueren cada día por deshidratación. Ellos ven el agua de color rosa de la gloria
y la felicidad. Se dijo: "Sin embargo, cualquiera de nosotros es incapaz de valorarla como es debido. Si
tuviera que elegir un color para designar desde nuestro punto de vista sería el gris: de la tristeza,
de la ignorancia del ser humano para comprenderse de la situación de otros de su misma especie. La
inutilidad para mostrar una pinta de afecto hacia los desafortunados. Quien reportó el agua lo hizo
muy mal, porque a unos les toró mucho y a otros poco. En cambio, podríamos haberla compartido hace años
y evitar millones de muertes. El egoísmo del ser humano nunca dejará de sorprenderme." Reflexionando,
se imaginó otro lugar que carecía de agua por completo. A Matías le bastó con cerrar los ojos un
instante para situarse allí. Solo tenía que permitir que su mente funcionase.

El agua bajaba a través de afloramientos subterráneos hacia la superficie desierta y seca.
Se ennegreció un poco al mezclarse con la tierra pero no demasiado ya que al ser seca y dura no
permitió embarrarse del todo y originar barro, sino que tan solo se humedeció. En ese caso, el agua era
transparente y sucia. Habría viajado miles de kilómetros atravesando el subterráneo por conductos y tuberías.
"Debió de haber un gran lodazal de agua bajo nuestros pies. Somos una gota en medio del océano."
-pensó. El oasis destacaba enormemente en el paisaje desértico y solitario. Aquel era el lugar menos
indicado para pasar el tiempo..., junto al mar. La peligrosidad de la sequía, los radiantes rayos de sol
en el día y las bajas temperaturas durante la noche. O todo lo contrario, el mar inmenso, en el que
una ola traidora puede arrastrarte hasta la muerte, lleno de titulares de dientes afilados...
Aunque técnicamente el mar es un tanto más seguro que el desierto, ya que en él habitan millones
de seres animales, bacterias, microorganismos, etc. Y en cambio la vida en el desierto es inhóspita,
además de para la vida humana, para la mayor parte de animales. En cualquier caso, los dos
sitios podrían llegar a ser muy destructivos para el ser humano... Y a decir verdad, el ser
humano también para ellos. A Matías, por más que pensara y pensara, le resultaba
irremediable sacar siempre la misma conclusión: la estupidez del ser humano. Su capacidad
para destruir todo lo que le rodea sin el más mínimo remordimiento. La sociedad no

Matías meditaba pacíficamente mientras miraba el agua correr por los gárganos canales de Venecia. Desde el puente, sacaba miles de conclusiones con tan solo observar el agua desplazarse. "Incolora, incolora e insípida." -pensó- "Sin ningún detalle especial que la resalte... Nada. Con la simpleza con la que la he mencionado y tan sofisticada parece cuando todo el mundo le da la gran importancia y el valor que tiene." Y es que Matías tenía razón. El agua de la vida aunque solo sea agua tan sencilla como suena. Matías era un chico muy inteligente, a pesar de su corta edad y experiencia. Pero en contra de sus hipótesis y teorías creía que el agua podría tener color, aunque no técnicamente. No sabía cómo expresarlo. Es decir, el agua era incolora, pero tenía el color más bonito del mundo: una mezcla de colores, pequeños colores cristales, esa transparencia, esa frescura... Pensó que en esta ocasión y para cada persona podría tener un determinado tono. Ciertamente cada par de ojos le parecía de una gama distinta. Lo primero que le vino a la cabeza a Matías fue la imagen de los niños de África que muestran cada día por deshidratación. Ellos ven el agua de color rosa de la gloria y la felicidad. Se dijo: "Sin embargo, cualquier de nosotros es incapaz de valorarla como es debido. Si tuviera que elegir un color para designarla desde nuestro punto de vista sería el gris: de la tristeza, de la ignorancia del ser humano para comprenderse de la situación de otros de su misma especie, la inutilidad para mostrar una pizca de afecto hacia los desafortunados. Quien reportó el agua lo hizo muy mal, porque a unos les toró mucho y a otros poco. En cambio, podríamos haberla compartido hace años y evitar millones de muertes. El egoísmo del ser humano nunca dejará de sorprenderme." Reflexionando, se imaginó otro lugar que carecía de agua por completo. A Matías le bastó con cerrar los ojos un instante para situarse allí. Solo tenía que permitir que su mente funcionase.

El agua bajaba a través de afloramientos subterráneos hacia la superficie desértica y seca. Se ennegreció un poco al mezclarse con la tierra pero no demostró ya que al ser seca y dura no permitió endurecerse del todo y originar barro, sino que tan solo se humedeció. En ese caso, el agua era transparente y sucia. Habría viajado miles de kilómetros atravesando el subsuelo por conductos y tuberías. "Debió de haber un gran lago de agua bajo nuestros pies. Somos una gota en medio del océano." -pensó. El oasis destacaba enormemente en el paisaje desértico y solitario. Aquel era el lugar perfecto indicado para pasar el tiempo... junto con el mar. La peligrosidad de la sequía, los radiantes rayos de sol en el día y las bajas temperaturas durante la noche. O todo lo contrario, el mar inmenso, en el que una ola traidora puede arrastrarte hasta la muerte, lleno de tiburones de dientes afilados... Aunque técnicamente el mar es un tanto más seguro que el desierto, ya que en él habitan millones de seres animales, bacterias, microorganismos, etc. Y en cambio la vida en el desierto es inhóspita, además de para la vida humana para la mayor parte de animales. En cualquier caso, los dos sitios podrían llegar a ser muy destructivos para el ser humano... Y a decir verdad, el ser humano también para ellos. A Matías, por más que pensara y pensara, le resultaba irremediable sacar siempre la misma conclusión: la estupidez del ser humano. Su capacidad para destruir todo lo que le rodea sin el más mínimo remordimiento. La sociedad no

estaba consciente. Como Albert Einstein dijo: "Hay dos cosas infinitas en el mundo: la estupidez humana y el universo. Y del universo no estoy seguro."

Se volvió a situar en la realidad. Seguía en el puente sin apartar la vista del agua. Las piernas le pesaban terriblemente, puesto que llevaba así una hora de pie. Se dirigió hacia una pequeña plataforma a uno de los lados del puente y se sentó en un banco de piedra. Se apoyó sobre su respaldo y estiró la cabeza atrás de forma que quedó mirando hacia arriba. Vio los ramos de los árboles repletos de hojas verdes que le daban sombra. Fijándose bien se percató de que las hojas se cubrían por finos gotas de agua. Era raro, Matías pensó que aquella era el agua más cristalina que existía. Era un fenómeno mágico el hecho de que la humedad del aire se condensara en forma de gotas de agua de tal manera que originase aquella que Matías consideraba tan hermosa.

El panorama en ese momento se tranquilizó. Los únicos sonidos que se podían oír eran el agua y su propia respiración. El silencio y la calma le transportaron a un ambiente tan relajante que incluso dejó escuchar los latidos de su corazón en varias ocasiones en las que la quietud del paisaje se hizo profunda y penetrante. A Matías le encantaba el sonido del agua... los gotas se le enterraron sobas. De nuevo y sin que él pudiera impedirlo, su imaginación le trasladó a un lugar distinto.

Como Matías solía decir, aquello era la manera más rápida y eficiente de viajar. Cuando volvió a abrir los ojos se encontraba en la playa. Escaló una roca que daba a un paseo elevado, gracias a lo que pudo contemplar desde allí toda la playa, pero sobre todo y con una especial visibilidad, el mar. Se encontraba rodeado de rocas enormes parecidas a lo que había escalado. La soledad del territorio y la cercanía de las rocas contribuyeron a que Matías pudiera apreciar con cierta facilidad el sonido de las olas contra durando en las rocas. De repente vio cómo el agua se oscurecía lentamente hasta alcanzar el negro más oscuro y espeso que había contemplado jamás. El mar se elevó entonces intimidante al igual que una algombra al sacudirla. Se originó así una ola gigantesca que se acercaba cada vez más a la orilla y al mismo tiempo a Matías. No sabía qué hacer, puesto que el tsunami de agua negra se abalanzaba con gran rapidez sobre él. Se quedó paralizado. Cuando pudo mover las piernas que se hicieron de piedra durante unos segundos debido al terror, hubo desamparo presa del pánico. Mas la ola le alcanzó y le describió de inmediato. No pudo combatir contra la fuerza del mar, que cada vez se crecía y se hacía más poderosa. Matías se hundió en un remolino gigante negro que lo tambaleaba de un lado a otro. No podía aguantar ni un segundo más la respiración. Notó que lo que le rodeaba no era agua, sino una pasta espesa, pegajosa y desagradable. Enseguida se percató de que era petróleo. Se ahogaba en una asquerosa masa negra poco a poco. Sintió cómo sus

pulmones flaqueaban y se ahogaban de... petróleo... De repente despertó. No sabía con certeza si se había quedado dormido. Todas las sensaciones que había vivido parecían las reales... Y es que la pesadilla de Matías no era una ilusión ni una locura. Tan solo era una simple exageración de la realidad. Una vez más el hombre se había superado en cuanto a nivel de egoísmo e ignorancia. Había conseguido sobrevivir en lo que ya era insuperable. La auténtica locura era que el hombre fuera capaz de destruir su propia planeta. Los colores del agua parecían de ser transparentes y empiezan a adquirir un tono negro y oscuro como la noche que se posará sobre nosotros indicando el fin del mundo.